La Novela Policíaca

Suplemento número 3 a LA NOVELA CÓMICA

DRAMA EN TRES ACTOS

EL SECRETO DE LA BIBLIOTECA

LUIS LINARES BECERRA y JOSÉ MESA ANDRÉS

20—CÉNTIMOS—20

Nuestros próximos números

EXTRACTO DE JUICIOS DE PRENSA

La Novela Cómica

«La aventura del coche»

De EL LIBERAL

. . . . . .

«La aventura del coche», mezcla de situaciones cómicas y de escenas vagamente sentimentales, hábilmente proporcionada, entretiene siempre, agrada toda y en momentos encanta. Tal es la escena final del segundo acto — que hace admirablemente Antonia Plana—, en que la violencia de la situación se salva del modo más humano y más ingenioso. Y la última escena de la obra, de una gracia tan picante y oportuna, que logra coronar en un aplauso verdaderamente entusiasta el éxito total de la comedia.

. . . . . .

MANUEL MACHADO

De LA NACIÓN

El público pasó ayer en Cervantes oyendo el estreno de la comedia de Testoni un rato delicioso.

Ciertamente que en la obra, en la que se entroncan hábilmente el vodevil picaresco y la comedia espiritual, mereció el éxito entusiasta y unánime que obtuvo.

En nuestro teatro, prescindiendo, claro está, de las obras de alto vuelo poético y espiritual, no se da ese matiz a la vez delicado, frívolo y picante que en el teatro extranjero es característico. Y es triste que así sea, porque entre estas comedias como «La aventura del coche» a casi toda la producción española de segundo orden hay una laguna muy honda. Lo que es arte y lo que no lo es.

. . . . . .

JESÚS J. GABALDÓN

El secreto de la biblioteca

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES	PERSONAJES	ACTORES
Noris	Sra. Gómez Ferrer.	Amiga 3.ª	Srta. Vidal.
Fanny (Marquesa de Bellmar)	» Nicuesa.	Míster Stewesson (Ricardo)	Sr. Martí.
Claudine	» Roca.	Werney	» Contreras.
Señora 1.ª	» Blanco.	Brunot (Notario)	» Pastrana.
Idem 2.ª	» La Rosa.	El Juez	» Rubio.
Amiga 1.ª	Srta. Almarche.	El Escribano	» Garzarán.
Idem 2.ª	» Encinas.	Ramón	» López.

Dos agentes de la Autoridad.—La acción, en París.—Época, actual.

LUIS LINARES BECERRA Y JOSÉ MESA ANDRÉS

48.5

El secreto de la biblioteca

DRAMA EN TRES ACTOS, EN PROSA, INSPIRADO EN EL PENSAMIENTO DE UNA NOVELA INGLESA, ESTRENADO EN EL TEATRO DE PRICE LA NOCHE DEL 13 DE SEPTIEMBRE DE 1915

MADRID
Imprenta Moderna: March y Samarán. Doctor Fourquet, 23
Teléfono M. 1451.

1918

abrir las dos puertas que comunican con esta estancia y las dos estaban cerradas por dentro... Pedimos auxilio; llamamos a la Comisaría por teléfono, y, entretanto, desesperadamente golpeamos las puertas llamando a mi esposo, sin que el más leve rumor calmase nuestra angustia... Vino la Policía; se descerrajaron las puertas, y ya recuerda usted el cuadro terrible que presenciamos, y que está constantemente martirizándome los ojos y el alma,

JUEZ.—El señor Marqués, tendido en la alfombra, muerto, con dos heridas en la base del cráneo, casi invisibles, producidas por un arma desconocida.

WER.—Y en la estancia, solitaria, no se encontró siquiera rastro de pisadas... Además, el cadáver no presentaba ninguna señal de violencia...

NORIS.—Este misterio es el que me desespera, señor Juez... Daría la mitad de mi vida por desentrañarlo, por averiguar quién ha sido el malvado que asesinó a mi pobre hermano... ¡Un hombre tan bueno!...

FANNY.—A nadie hizo mal en la vida. Todos le respetaban y le querían.

JUEZ.—La justicia humana, señora, se declara vencida ante tan inexplicable misterio. Un mes ha transcurrido desde aquella noche y no hemos conseguido hallar ni un solo rayo de luz que nos aclare estas tinieblas.

NORIS.—Sin embargo, Lucía, nuestra doncella, ha confesado que al despertar, después del grito de mi pobre hermano, creyó ver la sombra de un hombre por el pasillo que da al jardín...

JUEZ.—Creyó ver... Eso es todo. Una alucinación, a la que, por desgracia, no ha correspondido ninguna realidad. En toda mi larga carrera no he hallado un asunto tan intrincado, tan indescifrable como éste. El lunes próximo daré por terminado el sumario, desistiendo en absoluto de toda pesquisa, que tengo la certeza absoluta que resultaría infructuosa.

WER.—Yo creo, no obstante, señor Juez, que debe usted esperar. ¡Quién sabe si el criminal, acaso por cualquier torpeza o, tal vez, por el propio arrepentimiento, se denunciará a sí mismo...

JUEZ.—¡Cómo se conoce que es usted un hombre honrado, señor Werney! ¡Qué poco conoce usted el corazón de esos malvados! El autor de este crimen debe ser un maestro refinadísimo, que conoce su oficio acaso mejor que nosotros el nuestro. Sin embargo, tal vez tenga usted razón y convenga esperar, porque del misterio, de lo desconocido, nos ha de venir la verdad, si es que viene algun día.

NORIS.—Vendrá, señor Juez; yo se lo prometo.

JUEZ.—Mucha seguridad tiene usted, señorita Noris.

NORIS.—Dios no deja impune ningún crimen.

JUEZ.—En la Tierra algunos...

NORIS.—Cuando la justicia humana se equivoca o se cansa.

JUEZ.—¡Señorita!

NORIS.—Señor Juez, perdóneme usted...; quería mucho a mi hermano y esta tragedia me ha enloquecido... ¡Esas puertas cerradas por dentro! ¡Y he sido yo quien las he visto! ¡Yo las vi cerradas por dentro y no vi al asesino, ese odioso sér sobrenatural que atraviesa los muros como los fantasmas!

WER.—El dolor la trastorna. Se pasa las horas muertas en esta estancia, recorriéndola toda, palpando las paredes...

FANNY.—Sin comer, sin vivir...

JUEZ.—Se atormenta usted inútilmente. Deje usted a la Justicia su misión de perseguir al criminal y cumpla usted la suya de rezar a la víctima.

NORIS.—En todos cabe la oración y en todos la justicia. Mientras reza el corazón, el cerebro puede pensar.

JUEZ.—Según tengo entendido, ¿iba usted a contraer matrimonio el mes próximo?

NORIS.—Así estaba acordado.

JUEZ.—¿Y su prometido, llegó ya de América?

NORIS.—Debe llegar a París de un momento a otro.

JUEZ.—¿Le ama usted mucho?

NORIS.—Todo lo que se puede amar a un hombre a quien no se conoce, pero que es bueno y honrado. Desde los ocho años ha estado en América.

JUEZ.—¿Es pariente de ustedes?

NORIS.—Descendemos de la misma familia. De niños nos tratamos aquí, en París. Después hemos seguido tratándonos por carta.

JUEZ.—Pues bien, señorita; si quiere usted atender un consejo leal, en cuanto llegue su prometido, cásese usted y emprenda un largo viaje de luna de miel al Extranjero, a países alegres, de cielo azul y de flores radiantes: a España, a Italia...

NORIS.—Muchas gracias, señor Juez, por su consejo.

JUEZ.—Y por hoy, y casi estoy por decir que en definitiva, doy por terminadas las diligencias. Si ocurriese alguna novedad, ¿tendría usted la bondad de avisarme, señor administrador?

WER.—Inmediatamente.

JUEZ.—A los pies de usted, señora Marquesa... Beso los suyos, señorita... Vamos, señores. (*Salen todos menos Noris y Claudine.*)

NORIS.—¡Oh, esa calma, esa calma de todos, de los que deben rezar y de los que deben vengarse! ¿No lo has oído, Claudine? Hay que esperar a que venga del misterio la luz... Pero yo no espero, yo sabré ir al misterio a arrancarle la luz que necesito. ¿Hiciste mi encargo? ¿Viste a míster Stewesson?

CLAU.—Sí, señorita.

NORIS.—¿En el boulevard Saint Germaint?

CLAU.—Sí, señorita. Por cierto que vive con un lujo de príncipe... ¡Cuidado que yo he estado sirviendo en buenas casas! Pues nunca había visto unos salones tan magníficos como los de míster Stewesson. ¡Qué de dorados por todas partes! ¡Qué de lunas!

NORIS.—¿Te ha recibido?

CLAU.—¡Anda, ya lo creo! ¡Pues no faltaba más! Es un señor muy elegante, muy buen mozo, muy simpático. Ha leído la tarjeta de la señorita y me ha dicho que en seguida tomaría el auto y estaría aquí.

NORIS.—¿Y cómo no ha venido todavía?

CLAU.—Si está hace media hora larga, todo el tiempo que ha durado la visita del señor Juez, en el salón bajo del parterre...

NORIS.—¿Está ahí? ¿Y cómo no has empezado por decírmelo? Hazle entrar en seguida, y cuida de avisarme para que no nos sorprendan.

CLAU.—Descuide la señorita.

(Vase Claudine. Noris observa en silencio la estancia. A poco entra míster Stewesson. Es un hombre joven y elegantísimo. Viste chaquet y monóculo. Claudine le conduce, haciendo mutis después.)

RIC.—A los pies de usted, señorita.

NORIS.—Usted me perdonará, caballero...

RIC.—Señorita: la suplico que ahorre toda manifestación inútil. Yo estoy a sus órdenes. Aunque vivo en París hace bastantes años, yo soy inglés, y los ingleses odiamos lo superfluo. Así, pues, voy a sentarme sin más cumplimientos, y a encender mi pipa, que no la molestará a usted, porque uso tabaco aromático... *Very well.* Ahora dígame usted para qué me necesita. ¿Se trata de un crimen?

NORIS.—¡Horrible! ¡Mi pobre hermano!...

RIC.—¡Asesinado!

NORIS.—En plena juventud.

RIC.—¿Era casado?

NORIS.—Desde hacía seis años.

RIC.—¿Sin hijos?

NORIS.—Sin hijos.

RIC.—La viuda tiene un carácter apocado, débil; no hace más que llorar, y no tiene alientos para nada; ¿no es exacto?

NORIS.—Exacto... ¿La conoce usted?

RIC.—Si tuviese otro carácter me hubiera llamado ella en lugar de llamarme usted... Continúe; se lo suplico...

NORIS.—Una noche, hace un mes, mi hermano, al acabar la sobremesa, se vino, como de costumbre, a esta habitación, para escribir y para estudiar hasta pasadas las doce... Nosotros, todos los de casa, nos acostamos, excepto el señor Werney, el Administrador.

RIC.—¿Hay un Administrador?

NORIS.—Un buen hombre, un verdadero santo; compañero de estudio de mi pobre hermano. Es un hombre honrado, recto, celoso, inofensivo... Adoraba a mi hermano con locura. Ha sentido la desgracia tanto como nosotras.

RIC.—Es posible. Siga usted.

NORIS.—Apenas habían transcurrido dos horas, cuando en el silencio de la noche resonó estridente, angustioso, desgarrador, un grito; uno solo. Después, otra vez el silencio espantoso... Aterradas, vestidas de cualquier manera, bajamos al despacho... Los criados de la casa habían acudido también. En la puerta de esa biblioteca, el señor Werney, que se había quedado leyendo en ella, nos preguntaba, con los ojos fuera de las órbitas, temblando, balbuciente, lo ocurrido... Todos juntos nos dirigimos al despacho con una an-

siedad inmensa. Esa puerta, que da al jardín, y esta otra, que da a la biblioteca, estaban cerradas por dentro.

RIC.—¡Por dentro!

NORIS.—Se avisó a la Policía y se descerrajaron las puertas...

RIC.—No me diga usted más, señorita. Recuerdo perfectamente el suceso, por haberle leído en la Prensa de París. Se encontró el cadáver del señor marqués de Bellmar con dos heridas agudísimas en la cabeza..., como causadas por dos estiletes delgadísimos, o más bien por dos agujas recias y largas... Lo recuerdo. Es un asunto muy curioso. Y dígame usted: el señor Administrador ¿no oyó ningún otro ruido, aparte del grito de la víctima?

NORIS.—El grito únicamente.

RIC.—Está bien; siga usted.

NORIS.—Se registró toda la casa, hasta el último rincón, sin hallarse a nadie. Uno de los criados dijo haber visto la sombra de un hombre por el corredor, pero nada ha podido comprobarse. Y ha transcurrido un mes, y el cadáver de mi hermano pide justicia... y los hombres no pueden o no saben hacérsela. Por eso he acudido a usted, míster Stewesson, atraída por su fama de detective... En usted confío. De usted espero únicamente el castigo del culpable, único resarcimiento al inmenso dolor de nuestra desgracia.

RIC.—Su hermano de usted era muy rico, ¿verdad?

NORIS.—Heredó de nuestros padres una fortuna considerable, y, además, administraba la heredada por mí.

RIC.—Y su cuñada la señora marquesa de Bellmar, ¿tiene bienes propios?

NORIS.—Aportó una dote cuantiosa al matrimonio.

RIC.—Su hermano de usted hacía muchas obras de caridad. Si no recuerdo mal ha fundado un asilo de obreros.

NORIS.—En Fontenée aux Roses.

RIC.—Exactamente. Es de suponer que no tenía enemigos, toda vez que a nadie hizo mal. ¿Los esposos se amaban realmente? Dígame usted sobre esto toda la verdad. No tenga usted ningún rubor, porque me ha dicho usted antes que llevaban seis años de casados, y en París, lo mismo que en Londres y en San Francisco de California, es muy raro el amor que vive tanto tiempo...

NORIS.—Yo no sé si se amaban. Parecían felices. Mi hermano siempre tuvo un carácter retraído. Pasaba su vida encerrado en su biblioteca, y era enemigo de diversiones y de visiteos. Mi cuñada acaso tuviera otro carácter, pero acabó por amoldarse al del pobre Jorge... Yo creo que se querían, o, por lo menos, que...

RIC.—Que se toleraban, ¿no es eso? Dígame usted una cosa, señorita Bellmar: La señora Marquesa ¿tiene sus habitaciones próximas a las suyas?

NORIS.—Inmediatas.

RIC.—Dígame otra cosa, la última: ¿el cuerpo de su hermano se encontró tendido en el suelo, al lado de esta mesa? ¿Boca arriba?

NORIS.—Sí, señor.

RIC.—¿Tendría usted la amabilidad de tenderse en el suelo, sobre estos

almohadones, en la misma posición exactamente en que se halló a su desgraciado hermano, el señor marqués de Bellmar? Es un instante... (*Noris se reclina sobre los almohadones boca arriba, en dirección oblicua, con la cabeza hacia el lado derecho y los brazos abiertos.*) Muy bien. ¿Me hace usted el obsequio de permanecer así un segundo? (*Se acerca a las cerraduras, las examina atentamente, pasa a la habitación inmediata, la examina detenidamente y vuelve dando la mano a Noris para que se levante.*) Es imposible mover la llave desde fuera estando cerradas las puertas por dentro. El extremo de la llave no sale al exterior... Puede usted levantarse, señorita,.. Ahora me va usted a hacer el obsequio de tirar un libro, este libro que es bastante voluminoso, al suelo, mientras yo estoy en la habitación inmediata. ¿Sería usted tan amable?

NORIS.—Con mucho gusto.

(Pasa a la habitación inmediata. Noris arroja el libro al suelo. En los labios de Stewesson se dibuja una sonrisa.)

RIC.—Perfectamente. Es usted muy amable, señorita. ¿Tiene usted novio?

NORIS.—Sí; pero no estaba en París la noche del suceso.

RIC.—¿A muchas leguas?

NORIS.—En América. Sin embargo, le estamos esperando en París de un momento a otro.

RIC.—¿Hace mucho que falta de aquí?

NORIS.—Cerca de veinte años.

RIC.—Apenas le conocerán ustedes...

NORIS.—Por el retrato únicamente...

RIC.—Es usted muy amable, señorita, muy amable y muy bella. Tanto, que voy a suplicarle a usted rendidamente que olvide a su novio...

NORIS.—¡Míster Stewesson!

RIC.—Que olvide usted a su novio y que tenga la bondad de reemplazarle conmigo.

NORIS.—¡Caballero!

RIC.—¡Señorita! ¡Es absolutamen e necesario que yo me quede en esta casa sin infundir sospechas a nadie, sin que nadie sepa que yo soy ese Stewesson, el detective.

NORIS.—Eso es imposible.

RIC.—Nada hay imposible. Escuche usted una cosa, señorita de Bellmar: antes de ocho días habré descubierto el asesinato de su hermano. Para ello es necesario que yo sea su prometido, que usted me conceda el honor de esta farsa que para tranquilizar su buen gusto prometo a usted que durará muy poco...

NORIS.—¡Oh! ¡Eso no!

RIC.—¿Tiene usted un retrato de su prometido, en esta misma habitación?

NORIS.—Encima de la mesa. Tenga usted.

RIC.—Bravo mozo. Felicito a usted, señorita; rubio, una frente muy bonita, el bigote muy bien cuidado. Con su permiso voy a transformarme en el

príncipe azul de sus ensueños. (*Toma un pequeño maletín que habrá dejado al entrar encima de una silla. Saca de él pelucas, borlas, bigotes, peines, etc. etcétera. Se sienta en la mesa y coloca ante sí un espejo que saca del maletín y comienza su toilette, mirando frecuentemente el retrato.*) No tenga usted el menor temor, señorita. Ahora bien, para no cometer una indiscreción agradecería a usted que me dijera en qué se ocupa su prometido, quién es su familia, etc., etc....

NORIS.—Es hijo de un pariente lejano que se ha nacionalizado en la Argentina, donde vive entregado a los negocios. Su padre se llama Mateo Rousard, y él, Ricardo Rousard. Ha estudiado la carrera de Derecho y ahora es abogado fiscal. Lleva bonita carrera. Y puede decirse que no sé más de él.

RIC. —Es suficiente, para la justicia... Para el amor tal vez sea muy poco.

NORIS.—De chiquillos nos prometieron el uno al otro... Más tarde no ha habido necesidad de romper esa promesa...

RIC.—¿Y dice usted que le están esperando de un momento a otro?

NORIS.—Hace cinco días nos envió un cablegrama desde Canarias.

RIC.—Viene a casarse, naturalmente...

NORIS.—Sí, señor...

RIC.—Y dice usted que se llama...

NORIS.—Ricardo Rousard.

RIC.—Pues aquí tiene usted a su prometido Ricardo Rousard, que se apresura a ofrecerla su respetuosa consideración.

NORIS.—(*Asombrada.*) ¡Es sorprendente!

RIC.—La costumbre de interpretar en la vida los personajes más distintos. Tenemos el deber de ser actores consumados, porque en la comedia de la vida hemos de representar todos los papeles.

NORIS.—Debe ser muy triste vivir así.

RIC.—Muy triste, sí, porque a fuerza de vivir la vida de todos, acaba más por no vivir nuestra propia vida... (*Entra Claudine.*)

CLAU.—¡Señorita! ¡Señorita! (*Quédase cortada al ver a Stewesson transformado, no reconociéndole.*) ¡Ah!

NORIS.—Es mister Stewesson, que se ha transformado en el señorito Ricardo, mi prometido... Desde este momento míster Stewesson ha muerto.

RIC.—Muchas gracias, señorita.

NORIS.—Quiero decir que es necesario que nadie sospeche su verdadera personalidad. Confío en ti.

CLAU.—Descuide la señorita. Por el jardín se acercan la señora Marquesa y el señor Werney.

RIC.—Muy bien. Tenga la bondad de llevarse este neceser y ocultarlo en su habitación.

CLAU.—¿Manda algo más el señorito Ricardo?...

RIC.—Nada. (*Claudine se inclina y hace mutis.*) ¿Esta muchacha es adicta a usted?

NORIS.—Absolutamente.

RIC.—Muy bien. Tenga usted la bondad de darme un abrazo.

NORIS.—¡Pero!...

RIC.—Es usted mi prometida y acabo de llegar de América. Y, apropósito, ¿cómo te llamas? (*Entran Werney y Fanny.*)

RIC.—(*Viendo aparecer en la puerta a la Marquesa y a Werney.*) ¡Mi Noris! ¡Qué felicidad hallarme al fin en tus brazos! (*Aparte.*) ¡Abráceme usted!

NORIS.—(*Abrazándole.*) ¡Ricardo!

FANNY.—(*Idem.*) ¡Noris!

NORIS.—¡Ah, Fanny! Es él, Ricardo, que acaba de llegar. Iba a avisarte ahora mismo. Es Fanny, mi hermana... (*Saludos.*)

FANNY.—Pero, ¿cómo? ¡Sin avisar!

RIC.—Perdón, señora... Quise dar a Noris esta sorpresa, que, por lo agradable, la distraería un poco del dolor de estos días. Acabo de llegar al hotel, y en cuanto me he cambiado de ropa...

FANNY.—Pero es una locura... ¡no avisar! Hubiéramos ido a esperarle...

RIC.—Temiéndolo, no quise avisarles... Pero, díganme, díganme... o si no, es preferible que no me cuenten nada. No quiero renovar su dolor. ¡Pobre Jorge, pobre amigo mío! El señor ¿será el señor Werney, y modelo de amigos de que tanto me has hablado en tus cartas?

NORIS.—¡Es verdad! No te le hemos presentado. El señor Werney, nuestro administrador, nuestro amigo más bien. Mi prometido.

WER.—Estoy a las órdenes del señor Rousard.

RIC.—Tengo verdadero placer en estrechar la mano de un hombre tan honrado, tan digno como el señor Werney.

FANNY.—Y a su padre, ¿cómo le ha dejado?

RIC.—Bien, muy bien. Muy viejo, el pobre, pero fuerte como un roble. A pesar de sus años monta todavía a caballo como un gaucho. Ahora tenemos un negocio...

NORIS.—El del ferrocarril del Chaco...

RIC.—Precisamente. Es un dineral.

FANNY.—¿Y sus pleitos?

RIC.—Dándome mucho trabajo. Acabo de tener ahora entre manos un adulterio. (*Mirando fijamente a Werney y a Fanny. Esta baja los ojos al suelo.*) Un asunto complicadísimo. Uno de esos casos en que la maldad humana nos aterra como los abismos negros que se abren a nuestros pies sin luz y sin fondo... Ha sido la última vista que he acusado antes de embarcar. Los dos malvados están en presidio. Pero ¿qué es eso señora, se pone usted mala?

FANNY.—No, no es nada. El calor acaso...

WER.—La excitación de estos días.

NORIS.—Un mareo quizá. ¿Te sientes enferma?

RIC.—Yo tuve la culpa que hablé de casos desagradables, olvidándome de la tragedia que pesa sobre ustedes. Perdóneme usted. Perdónenme todos.

FANNY.—No, si no es nada. Es que desde aquella noche maldita estoy

exaltada... Tengo los nervios a flor de piel. Todo me hace daño, todo me lastima.

RIC.—Hace usted mal en atormentarse. Ya sólo resta la resignación y el tiempo, que cauteriza todas las heridas, que todo lo borra, que todo se lo lleva... Mi pobre padre ha sufrido un golpe rudísimo. Estimaba a Jorge entrañablemente... «¡Cómo estará esa pobre mujer—me decía—: ella que idolatraba a Jorge, que no veía sino por sus ojos!»

FANNY.—¡Fué tan bueno conmigo!

WER.—Pero esta conversación es cruel. ¿A qué procurarnos un dolor inútil?

RIC.—También usted, señor Werney, el amigo fiel del pobre Jorge, habrá llorado la pérdida de su protector como la de un padre...

WER.—¡Quién lo duda!... Siempre a su lado... Pero ¿a qué atormentarnos con recuerdos? Todo nuestro dolor no podrá devolverle la vida...

RIC.—Es verdad; el dolor de usted, el nuestro, el de todos, no tiene ya más que una sola finalidad, una sola: hallar al asesino... Para ello trabajaré al lado de ustedes. Jorge debía ser mi hermano. Lo era ya en mi corazón.

FANNY.—Gracias, Ricardo. Si descubre usted al asesino cuente usted con mi gratitud eterna.

RIC.—Lo intentaré. Para ello cuento con la valiosa ayuda del señor Werney.

WER.—En todo cuanto yo pueda, en todo cuanto yo sirva... Pero, hablando de otro asunto y ya que la bondad de ustedes y mi cargo de administrador me autoriza a ello, ¿podrían ustedes convenir sobre poco más o menos la fecha de sus desposorios?

NORIS.—No corre prisa.

RIC.—Ya hablaremos de eso.

WER.—Sin embargo, yo he de arreglar algunos documentos. Ya saben las señoras que al casarse la señorita Noris ha de entrar en posesión de su fortuna, que hasta aquí administró el señor Marqués como su tutor que era... Ochocientos mil francos, sobre poco más o menos.

RIC.—Repito que no corre prisa. Es decir, en esto, como en todo, yo no he de hacer otra cosa que acatar la voluntad de mi Noris.

NORIS.—Ya os hablaré mañana...

FANNY.—¿Se quedará usted a cenar con nosotros?

RIC.—Muy honrado. Quisiera antes comunicar por teléfono con el hotel. Espero un cablegrama de la Argentina...

NORIS.—Yo te acompañaré.

RIC.—Muy amable. Con permiso de ustedes...

FANNY.—Está usted en su casa. Pronto seremos hermanos.

RIC.—Es verdad. Muy pronto. ¿Dónde está el teléfono, Noris?

NORIS.—(*Aparte.*) Es usted un magnífico actor.

RIC.—(*Idem.*) Pronto. ¡El teléfono, Noris!

NORIS.—¿Ocurre algo?

RIC.—Es preciso detener todo aviso telegráfico que llegue para usted. Es necesario apoderarse de su novio de usted antes de que pueda llegar a tierra. (*Hacen mutis por el foro. Fanny queda sentada en primer término con la cabeza baja. Werney la contempla un momento en silencio. Después se acerca a ella lentamente.*)

WER.—¡Fanny! (*Fanny se estremece.*) No te asustes. Estamos solos. Es menester hablar. Nadie nos oye... Desde la noche terrible hemos tenido pocas ocasiones de hablar.

FANNY.—Tengo miedo. Miedo a todo, a ti, a mí misma. ¡Ese crimen, ese crimen horrible! ¡Ese misterio indescifrable!... ¿Quién fué? ¿Quién ha sido?

WER.—¡Es la libertad, nuestra libertad! ¿Qué importa quién nos la dió?

FANNY.—¡Nuestra libertad! ¿Puede llamarse libertad a este martirio?

WER.—¿Por qué martirio? ¿Qué hicimos nosotros? Amarnos sobre todas las cosas, por encima de nuestro destino y de nuestra vida. Tú, abandonada por un hombre que no supo jamás comprenderte, que era áspero, frío, brutal a veces, llegaste a mí, ávida de ternura... Yo, que jamás tuve cariño de nadie, me entregué a tí ciego, enamorado, olvidando toda noción de deber, de gratitud, de amistad... Y, de repente, esta tragedia que nos deja libres, que hace posible nuestra felicidad; esta tragedia que ninguno buscamos, que no soñábamos nunca, pero que viene a unirnos...

FANNY.—¡A unirnos! Tal vez no. Entre nosotros, separándonos, estará siempre la visión siniestra, la aterradora visión de la noche maldita, el grito aquel desgarrador, horrible, de dolor, de angustia, de socorro, de desesperación... Lo oigo siempre, está constantemente resonando en mis oídos, implacable... No, no hablemos de nuestro amor, no hablemos de nada tú y yo mientras el cadáver no repose en su tumba cumplidamente resarcido. Hasta ese día, el grito de Jorge atormentará mi alma, pidiéndome justicia, acusándome...

WER.—¿Y si no se descubre el misterio? ¿Y si el criminal no aparece?

FANNY.—Separémonos, huyamos el uno del otro para siempre... Todo menos este martirio de la conciencia...

WER.—Dices eso hoy. Mañaña se casará Noris y quedarás sola. Quedarás sola y quedarás pobre. Ya sabes que los últimos negocios de tu marido fueron desastrosos... Si se casa Noris habrá que entregarla toda su fortuna... y a ti apenas te quedarán unos cien mil francos...

FANNY.—Me sobran para irme a esconder a un pueblecillo cualquiera.

WER.—No se hace eso muy fácilmente cuando se ha vivido con la magnificencia que tú viviste siempre.

FANNY.—Pero ¿y mi dote?

WER.—Tu dote se la llevó aquel desgraciadísimo asunto de las minas, a más de cerca de medio millón de francos del Marqués. ¿No firmaste tú misma la autorización a tu marido? Sólo resta la fortuna de tu cuñado. ¡Si Noris no se casara!...

FANNY.—¡Cómo pensar eso! Antes de un mes han de casarse. Ricardo no puede dejar tanto tiempo a su padre...

WER.—Pero haz cuenta de que Noris cayera enferma, de que el novio desapareciese.

FANNY.—¿Qué quieres decir?

WER.—Nada. Suposiciones... No tengas miedo.

FANNY.—Tengo un miedo terrible, un miedo irremediable, que me acosa, que me atormenta... A veces todo me parece un sueño. Creo que le voy a volver a ver estudiando ahí como siempre. Pero viene la realidad, la realidad espantosa, y le veo, sí, pero le veo tendido ahí, en la alfombra, ensangrentado, yerto, con los ojos inmóviles y las manos crispadas como si quisiera agarrarse a la vida. Y siento esos dedos fríos, fríos, engarabitarse en mi cuello, clavarse en mi carne, mientras la boca pálida sigue muda y los ojos hablan y acusan... ¡acusan!...

WER.—Vamos, cálmate. Vámonos de aquí. En el comedor estarás mejor. Tomarás algo.

FANNY.—¿Adónde iré que no le vea, que no le sienta, que no oiga su grito?...

WER.—No te martirices, Fanny. Tranquilízate. Piensa en que ello no tiene remedio... y en que la vida puede reservarte, puede reservarnos nuevos días de dicha. El novio de Noris lo ha dicho. (*Van haciendo mutis lentamente por la derecha, enlazados por la cintura. Antes de desaparecer aparece en el foro Stewesson y los contempla en silencio.*) El tiempo todo lo borra y todo se lo lleva. Serás feliz... Serás dichosa todavía, Fanny, porque sobre esta tristeza de hoy triunfarán mañana, libres para siempre, nuestro amor... nuestra vida...

RIC.—(*Los ve hacer mutis en silencio sin moverse. En sus labios se dibuja una sonrisa. Baja después a la escena y examina detenidamente la mesa y el sillón. Seguidamente se inclina hacia una de las molduras que adornan la pared detrás del sillón y aparenta coger algo.*)

NORIS.—¿Qué es eso? Míster Stewesson, ¿sabe usted algo?

RIC.—Tengo en las manos el hilo de este terrible ovillo. ¿No lo ve usted?

NORIS.—Y ¿qué es eso?

RIC.—¡Casi nada! ¡¡Una gota de sangre!! (*Telón rápido.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior. Al levantarse el telón se hallan sentados en el salón de la izquierda del actor la MARQUESA DE BELLMAR, STEWESSON y dos SEÑORAS ancianas. Al otra lado de la escena, NORIS enseña a varios amigos el *trousseau* que ella misma se hizo para casarse. Es de noche. Llueve. La escena, profusamente iluminada.

NORIS.—¿Os gusta mi *trousseau?*

AMIGA 1.ª—Es lindísimo.

NORIS.—Yo misma lo hice.

AMIGA 2.ª—Tienes unas manos envidiables, chica.

NORIS.—*(Dándole un golpecito.)* Aduladora.

AMI. 2.ª—De veras que sí. Estas camisas son preciosas.

AMIGA 3.ª—¿Pues qué me dices de este salto de cama.

NORIS.—La verdad es que no hay como estar enamorada para hacer milagros.

AMI 1.ª—El novio lo vale, chica.

NORIS.—(*Con ingenuidad.*) ¿Verdad que sí? ¿Verdad que Ricardo es un buen tipo?

AMI. 1.ª—Un tipo perfecto.

AMI. 2.ª—Y muy guapo.

AMI. 3.ª—Esta Noris tiene una suerte...

NORIS.—Estoy contentísima, porque mi futuro me adora.

RIC.—*(Que habrá estado escuchando desde poco antes.)* Y te adorará siempre.

AMI. 1ª—*(Azorada.)* ¡Huy, qué vergüenza! ¡Nos ha estado escuchando!

AMI. 2.ª—(*En son de protesta.)* Eso no vale, míster Ricardo.

AMI. 2.ª—Indiscreto.

NORIS.—Tonto.

RIC.—*(En son de broma.)* Que no he oído nada. Que no he oído nada. Se lo juro a ustedes, señoritas. Por lo demás, yo ya sé que soy un tipo perfecto y muy guapo. (*Todas se ruborizan y salen huyendo al otro salón.*)

AMI. 2.ª—¡Huy, qué tonto!

AMI. 1.ª—Mamá, mamá, mire usted qué pillería nos ha hecho Ricardo. (*Continúan hablando en voz baja.*)

NORIS.—*(Bajo, a Ricardo.)* ¿Se puede saber cuándo va a terminar esta farsa? ¿No comprende que puede llegar el auténtico Ricardo y descubrirse todo?

RIC.—¡Silencio! Dentro de poco podré dar a usted noticias concretas. Sospecho que tengo en mi poder al criminal.

NORIS.—*(Con alegría.)* ¿Su nombre?

RIC.—Basta. El solo se descubrirá. (*Le da un papel.*) Lea usted eso luego

FANNY.—(*Riendo en unión de las reunidas.*) Pero ¿es posible?

AMI. 1.ª—Sí, señora. Nos sorprendió en ocasión en que estábamos alabando su tipo.

SEÑORA 1.ª—Si no fueseis tan locas...

AMI. 3.ª—Pero, mamá, ¡por Dios! En eso yo creo que no hay nada pecaminoso.

RIC.—(*Entrando seguido de Noris.*) Nada, absolutamente nada, señorita; al contrario. Además, a mí me ha parecido muy bien que mi hermosura haya dado lugar a que tan bellos diablillos la pregonen.

NORIS.—Ricardo, hijo mío, que las estás ruborizando con tus bromas...

FANNY.—Este Ricardo es más divertido...

SEÑ. 2.ª—Es el mejor hombre que ha podido escoger Noris para marido.

NORIS.—Protesto, protesto, que no fuí yo quien le escogí; fué él el que se prendó de mí.

RIC.—¿A qué mentir, querida Noris, a qué mentir? Fuiste tú quien te fijaste en mi persona gallarda y calavera.

NORIS.—(*Con mimo.*) Miren el presumido.

AMI. 1.ª—Si no hay formalidad, nos vamos.

SEÑ. 1.ª—Nos tenemos que ir de todos modos. La noche está tormentosa y convendría que aprovechásemos esta clarita.

FANNY.—¿No esperan ustedes a que venga el Notario?

AMI. 1.ª—Sí, mamá, sí. Tengo gran curiosidad por ver la cara de satisfacción que pone Noris al estampar el conforme en la carta dotal.

WER.—(*Entrando.*) El Notario hace rato que aguarda en el despacho.

AMI. 1.ª—Hablando del rey de Roma...

FANNY.—Ordene que pase aquí, querido Administrador.

(El Administrador oprime un timbre y aparece un criado.)

WER.—Diga usted a míster Brunot que la señora Marquesa desea celebrar aquí el acto. (*Mutis del criado.*)

AMI. 1.ª—¡Huy, míster Brunot! Basta decir el nombre para que se adivine la profesión. Un míster Brunot yo creo que no puede ser más que notario o procurador.

SEÑ. 1.ª—Pero, niña, ¿qué es esto?

AMI. 1.ª—Mamá, ¿también es pecaminoso?

SEÑ. 1.ª—No; pero si te llega a oir no creo que le haga mucha gracia.

FANNY.—¡Oh! Usted no conoce a míster Brunot. Míster Brunot es el hombre más bueno del mundo.

NORIS.—Hace treinta años que viene prestando sus servicios a mi familia. Tipo más original nunca le vi. A mí me quiere mucho.

FANNY.—Es natural. ¡Te ha tenido en sus brazos! Por cierto que siempre que habla de ti recuerda el tiempo en que tú te divertías tirándole del pelo.

RIC.—¡A ver, a ver, a ver! ¿Cómo es eso, señora Marquesa?

FANNY.—No vaya usted a encelarse, hombre de Dios. Noris tenía entonces veinte meses escasos.

BRUN.—(*Entrando.*) ¿Dan los señores su permiso?

FANNY.—Adelante, querido amigo, adelante.

BRUN.—(*Avanzando y haciendo toda clase de reverencias.*) ¿La señora Marquesa, bien? (*Inclinación.*) Señoras... (*A las ancianas.*) Señoritas... (*Inclinación.*) ¿El señor Administrador, como siempre? Yo, también como siempre. ¿Qué tal, gentilísima Noris? Ya sé que te casas, y me alegro. Supongo que este caballero tan simpático será tu futuro.

NORIS.—Supone usted muy bien.

BRUN.—Te felicito, chica. Te felicito. Es un futuro perfecto. (*Saludando a Ricardo.*) Y a usted también le felicito, caballero. Se lleva usted una alhaja, un diablejo que se entretenía, cuando apenas contaba dos años, en tirarme del pelo. Porque yo he tenido pelo aunque usted lo dude, caballero.

FANNY.—¿Trae usted todo preparado, Brunot?

BRUN.—Todo viene en perfectísimo orden, señora Marquesa. El testamento del señor Marqués. El total de la fortuna de la señora Marquesa, la parte que por voluntad del difunto corresponde a la señorita Noris. Su carta dotal.

FANNY.—Que la repasen los novios.

RIC.—¡Por Dios, señora!

FANNY.—No se ofenda usted, Ricardo. Todos sabemos que su fortuna es mayor que la de mi cuñada; por lo tanto, nadie duda que no es el interés el que hace este matrimonio.

NORIS.—Déle usted la carta al Administrador y que la repase él para ver si falta algún requisito.

BRUN.—Ninguno. No falta más que la firma. (*Dándole el documento.*) Corrobórelo usted.

SEÑ. 1.ª—¡Jesús, María y José, qué tormenta más espantosa!

(Un relámpago seguido de un trueno. Las señoras se santiguan todas, lanzando pequeños gritos de espanto.)

FANNY.—Ya, ya. No sé cuándo lo va a dejar. Llevamos así varios días.

BRUN.—No se asusten las señoras. La casa tiene varios pararrayos. La conozco muy bien. ¡Como que antes de comprarla, por orden del difunto Marqués, la visité veinte veces lo menos!

NORIS.—¡Pobre hermano mío! ¡Quién le iba a decir que aquí hallaría la muerte!

(El Administrador, que estaba leyendo la carta dotal, se estremece.)

FANNY.—¡Por Dios!, Noris, no me lo recuerdes. Que parece que le estoy viendo ahí al pie de ese sillón.

SEÑ. 1.ª—¡Qué horror!

AMI.—(*Mirando el sillón.*) Tengo miedo.

NORIS.—Y lo que más me apena es que la Justicia no ha podido encontrar al criminal.

BRUN.—Lo mismo ocurrió siempre.

RIC.—¿Como siempre? ¿Es que aquí se han cometido otros crímenes?

BRUN.—Con el señor Marqués, cinco son los hombres que han aparecido muertos en este salón sin que nunca la Justicia haya podido encontrar las huellas del culpable.

RIC.—¿Cómo escaparán?

BRUN.—Qué sé yo. Quizá alguna puerta secreta.

FANNY.—¡Calle, calle, por Dios!

AMI. 1.ª—Quizá en este momento nos esté acechando.

(En este momento suena un trueno y las luces se apagan, dando todos un grito de pánico horrible.)

VARIOS.—(*Voces.*) ¡Luz, luz! (*Algunos de los hombres se apresuran a encender cerillas y se acercan, a un lado del salón, a las mujeres, aterradas, que forman un grupo.*)

WER.—No se asusten. No se asusten, que no es nada.

BRUN.—Naturalmente. Algún cable que se habrá fundido.

WER.—No hay motivo para esa alarma.

FANNY.—Pero ¿qué hacen esos criados que no traen una luz?

WER.—¡A ver, pronto, Ramón! ¡Esa luz!

RAM.—(*Apareciendo con un candelabro en la mano.*) No se asusten los señores, que no fué nada. Una avería en el contador.

FANNY.—Brunot ha tenido la culpa.

BRUN.—Señora Marquesa...

FANNY.—¿A quién se le ocurre hablar en una noche como ésta de puertas secretas y crímenes misteriosos?

WER.—Este Brunot fué siempre igual.

BRUN.—¡Vaya! ¿A que voy a tener ahora la culpa de que el contador estuviese en malas condiciones?

FANNY.—Terminemos pronto. Estas señoras tienen que retirarse, y aunque viven cerca...

SEN.—Tiene usted razón: la noche está muy mala y señoras solas por estos caminos tan solitarios...

NORIS.—¡Oh, por Dios, qué cosas tiene usted, señora! Ricardo las acompañará, ¿verdad?

RIC.—Desde luego. (*Aparte.*) Mucho cuidado.

BRUN.—(*A Werney.*) Bueno; pues como supongo que en la carta dotal no se habrá omitido detalle alguno por insignificante que sea... (*Repasa el documento.*) Justo: doscientos mil francos y el castillo que corresponde a Noris. (*Saca una pluma estilográfica y se la presenta a Ricardo haciéndole seña de que firme.*) Ponga usted el conforme. (*Ricardo va a firmar y Werney le detiene el brazo.*)

WER.—Un momento.

BRUN.—(*Escandalizado.*) ¡Cómo! ¿Acaso no está en regla el documento?

WER.—(*Con mucha calma.*) Falta un detalle nimio, insignificante, pero falta, querido Brunot.

BRUN.—(*Enojadísimo.*) Usted dirá, señor de Werney.

WER.—La cláusula décimoquinta del testamento del difunto Marqués dice, si mal no recuerdo, que si la señorita Noris por enfermedad o accidente fortuito muriese antes de contraer matrimonio, la dote pasaría íntegra a manos de su actual poseedora, la señora Marquesa, aquí presente.

BRUN.—Muy bien. Tiene usted razón. No se hace constar eso, pero como nadie puede pensar que la señorita Noris, que a Dios gracias goza de tan buena salud, vaya a morirse de un momento a otro, ni que un automóvil tenga el mal gusto de aplastarla, no he querido manchar la carta dotal con una advertencia inútil que, por otra parte, parece un epitafio.

FANNY.—Me parece muy acertada la supresión hecha por usted.

WER.—Perdone la señora Marquesa. Pero como mi deber es mirar por los intereses que se confiaron a mi custodia, yo ruego al señor Brunot que subsane el error añadiendo la citada cláusula a ese documento. ¿Quién es capaz de leer en el porvenir de las criaturas?

BRUN.—Bien, bien, bien. ¡Si ustedes se empeñan!

RIC.—El señor Werney dice muy bien. ¿Quién es capaz de leer en el porvenir de las criaturas? Rectifique usted, señor Brunot, rectifique usted. *(Brunot se pone a escribir malhumorado.)* Este Werney es un administrador modelo, un hombre previsor.

WER.—Un fiel servidor de la casa.

RIC.—*(A la Marquesa.)* La felicito a usted. *(Aparte, a Noris.)* Disimule.

WER.—¿Decía usted?

RIC.—No, no decía nada.

WER.—Creí advertir...

RIC.—Sí, un movimiento de labios, ¿no es eso?

WER.—Eso es.

NORIS.—Ricardo me rogaba que le perdonase a usted el mal efecto que pudiera haberme producido su advertencia.

WER.—No fué esa mi intención.

RIC.—Le hago a usted la justicia de suponerlo así; por eso le rogaba a mi prometida...

SEÑ. 1.ª—Niñas, idse arreglando, que nos vamos a marchar en seguida.

FANNY.—¿Ya?...

SEÑ. 2.ª—Sí, sí. La noche es muy avanzada y míster Brunot parece que tarda mucho.

BRUN.—Señoras mías, ¡si ya he terminado! Otro cualquiera hubiese tardado diez minutos más. Soy el mejor pendolista francés que yo he conocido. Bien es verdad que no he conocido más pendolista francés que yo. *(Al Administrador.)* ¿Conforme? *(Werney lee la carta dotal y se la devuelve.)*

WER.—Conforme.

BRUN.—*(Presentando la carta y una pluma estilográfica a Noris.)* Conforme. *(Noris firma y le devuelve pluma y carta. Haciendo el mismo juego a Ricardo.)* ¿Conforme?

RIC.—*(Después de firmar.)* Conformísimo, excelso notario.

BRUN.—Bien; pues si ustedes no mandan nada...
FANNY.—Nada, Brunot.
BRUN.—(*Inclinándose.*) A la orden de la señora Marquesa. Señoras, señotas, caballeros. He tenido un verdadero gusto. Buenas noches. (*Medio utis.*)
SEÑ. 1.ª—Nos vamos nosotras también.
FANNY.—Como ustedes quieran.
SEÑ. 2.ª—Ya vendremos más despacio. (*A las señoritas, que estarán hando con Noris.*) ¡Andad, niñas, despedidse!
AMI. 1.ª—¡Adiós, y a ver cuándo llega ese día bueno!
NORIS.—Ha de pasar lo menos un mes.
AMI. 2.ª—¡Ay, quién pudiera decir lo mismo!
NORIS.—Tonta, todo llega. ¿No decíais que yo iba a ser monja, porque no salia nadie que quisiese pedir mi blanca mano? Pues ya veis cómo nunca ta un suicida.
SEÑ. 1.ª—Vamos...
AMI. 1.ª—(*A Noris.*) ¡Ay, adiós, hija, adiós! ¡Esta mamá es más dormilona!
AMI. 2.ª—Que pases buena noche.
NORIS.—Hasta mañana. (*Inicia el mutis.*)
BRUN. — (*A Ricardo.*) Usted viene, ¿verdad? (*Ricardo asiente con la eza.*)
AMI. 1.ª—No... no... que no se moleste.
RIC.—Tendré mucho gusto... Digo, si no me lo prohibe usted por lo de es.
AMI. 1.ª—Mírale, Noris, ya empieza otra vez.
ANNY.—¡Ricardo! Cuidado. No vayan ustedes a caerse. Esperen que les mbre. Adiós.
EÑOR.—Felicidades.
ORIS.—¡Gracias, adiós!
MIGAS.—Adiós. (*Mutis de las señoras 1.ª y 2.ª y de las amigas 1.ª, 2.ª y y de Brunot y Marcelo.*)
ORIS.—Hasta mañana. Os acompañaré hasta la puerta. (*Mutis.*)
ER.—(*Después de mirar a todos lados, se dirige resueltamente a la rquesa e intenta abrazarla.*) Fanny, amiga mía. Si vieras qué deseos a de quedarme un momento a solas contigo.
ANNY.—Basta, querido, basta. Si alguien nos sorprendiese...
ER.—¡Siempre lo mismo! No temas; los criados están lejos y Noris se ide de sus amigos. (*Atrayéndola.*) Ven, ven a mí, Fanny, no nos sorderán. Quiero decirte lo que te amo, lo que te adoro.
ANNY.—¡Loco, loco!
ER.—¡Loco, loco! ¡Tienes razón, demasiado loco!
ANNY.—Y demasiado imprudente tal vez.
ER.—¿Tienes algo que reprocharme?

FANNY.—Tu exceso de celo por mí que llegará a infundir sospechas; no lo dudes, Werney, el mundo siempre piensa mal.

WER.—¿Y qué te importa el mundo? ¿Acaso ya no me quieres?

FANNY.—Calla, calla, te amo siempre. Te amo quizá como ninguna mujer amó. Pero no sé qué hay en ti que me repele; algo que no me explico algo que me vuelve loca. Quizá sea una superstición, Werney, pero siempre que siento tus manos acariciarme las mías, me parece ver la sombra del Marqués que, lívido, imponente, avanza hacia nosotros, dispuesto a vengar después de muerto, las ofensas que empezamos a inferirle cuando vivía.

WER.—¡Deliras, Fanny; estás calenturienta!

FANNY.—Sí, si, estoy trastornada. Necesito descanso. Déjame, Werney déjame, y sácame pronto de este castillo. Quiero olvidar. Quiero amarte sin zozobras. (*Mutis.*) ¡Adiós!

WER.—¡Adiós! ¡¡Olvidarás!! *(Viéndola marchar.)* ¡Marquesa, olvidará

NORIS.—(*Desde la galería, a varios criados.*) Sí, si, pueden ustedes retirarse. ¡Ah! Díganle a mi doncella que prepare mi habitación. (*Viéndole*) ¿Y Fanny?

WER.—Se retiró a descansar.

NORIS.—¿Tan pronto?

WER.—Sí; me dijo que se hallaba algo indispuesta.

NORIS.—Corro a ver... (*Medio mutis.*)

WER.—No, no se moleste. No es nada: un ligero dolor de cabeza. Por otra parte, necesito aprovechar esta ocasión en que nos hallamos solos, para pedir a usted perdón por lo de antes.

NORIS.—¡Ah! Eso no merece la pena. Además, usted, como administrador que es de mi cuñada, debe mirar por sus intereses.

WER.—Ella misma me acaba de decir que me excedí en el cumplimiento de mis deberes.

NORIS.—En efecto, excesivamente previsor estuvo usted.

WER.—Es verdad. ¿A quién se le ocurre pensar que usted puede morir de un momento a otro?

NORIS.—(*Aparte.*) ¡Dios mío!

WER.—¿No es cierto, Noris?

NORIS.—Certísimo.

WER.—Tendría un gran sentimiento si supiese que usted me guarda rencor.

NORIS.—De ninguna manera.

WER.—Entonces ¿estoy perdonado?

NORIS.—Desde luego.

WER.—Gracias; y ahora, con su permiso, me retiro.

NORIS.—¡Adiós!

WER.—(*Buscando algo.*) ¿Dónde me habré dejado el libro ese?... ¿En la biblioteca? *(Como recordando.)* No, no.

NORIS.—¿Busca usted algo?

WER.—Sí, una novela que estoy concluyendo de leer. Es interesantísima.
NORIS.—¿De amores?
WER.—De amores y de odios.
NORIS.—(*Viendo un libro en el sillón, y, cogiéndole, lee el título.*) *Al rde del abismo.* ¿Es ésta?
WER.—Sí, justo, ésa es: *Al borde del abismo.* Narración sentimental de a vida de lucha que fracasó por no saber luchar.
NORIS.—Me gustaría leerla.
WER.—Nada más fácil. Quédese con ella.
NORIS.—¡Oh! ¡No, no! Después que usted la lea.
WER.—No me falta más que el final; y el final le presumo. Es el de todas s novelas. No tengo interés en terminarla. Le ruego que me haga el favor quedarse con ella.
NORIS.—Siendo así...
WER.—Buenas noches. (*Mutis de Werney.*)
NORIS.—¡Gracias a Dios que me he quedado sola! (*Mirando a todos la-s y después de convencerse de que está sola, saca el papel que al principio l cuadro le dió míster Stewesson, y lo lee, sentándose antes en el sillón y locando el papel en el libro, abierto.*) ¿Qué me dirá en este papel míster ewesson? (*Lee.*) «Desconfíe de todos y de todo.» (*En este instante, el Ad-inistrador cruza rápidamente la galería y entra en el salón-biblioteca. u actitud revela que va a cometer una mala acción. Mira a todos lados cuando se convence de que nadie le espía, coge una silla, la acerca rápi-mente a la biblioteca y se sube encima de ella, comenzando a revolver bros y repasándolos, hasta que es sorprendido por míster Stewesson.*) «Su da corre un peligro inminente.» «Hay quien quiere la dote de usted.» (*En te momento aparece Ricardo, ve a Noris sentada en el sillón, y da un lto terrible. Llega a la biblioteca y ve a Werney entretenido en ella, bus-ndo algo.*)
RIC.—¡No, no puede ser! ¡Me lo figuraba!
WER.—(*Dando un salto.*) ¿Eh? ¿Quién?
RIC.—No, no se asuste. Soy yo, querido Werney.
WER.—(*Pensativo.*) ¿Usted?
RIC.—Sí, yo que volví ya de acompañar a esas señoras. Está el camino im-sible. Pero siga, querido Werney, siga usted buscando lo que desee. Per-ne si le he interrumpido.
WER.—No, si no buscaba nada. Me entretenía arreglando esto, que está en más completo desorden.
RIC.—¡Buenos libros! ¿Eh?
WER.—¡Magníficos! El Marqués era gran aficionado a la literatura.
RIC.—¿Y usted no lee?
WER.—También, también leo (*Oprime un timbre y aparece un criado.*) ando me lo permiten mis ocupaciones. (*Al Criado.*) Que se acueste la ser-idumbre. (*Mutis del Criado. A Ricardo.*) ¿Usted no se retira, Ricardo?

RIC.—Sí. Voy a acostarme. Necesito descansar. Este tiempo me tiene completamente trastornado.

WER.—¿Vamos, pues?

RIC.—Vamos. (*Llegan al foro.*) Hasta mañana. (*Mutis derecha.*)

WER.—Descansad. (*Viéndole marchar y echando mano a un bolsillo*) ¿Sospechará? (*Intenta irse tras Ricardo. Deteniéndose.*) ¡Bah! ¡Peor para él! (*Pasa por la galería al salón donde está Noris ensimismada en la lectura y la contempla silencioso.*) ¡Tiene suerte esta Noris, mucha suerte! (*Mutis.*)

CLAU.—(*Apareciendo, dice a Noris.*) Las habitaciones de la señorita se hallan dispuestas.

NORIS.—Voy. (*Se levanta y, mientras hace mutis muy despacio, lee en voz alta.*) «Un instante más y Lucrecia moriría sin remedio. El asesino afilaba el puñal y contemplaba gozoso a su víctima. En aquel momento, Laurel, el apuesto artista, se presentó de improviso y contuvo el brazo del asesino que se disponía a herir.» (*Dejando de leer.*) ¡Qué tontería! ¡Esas casualidades no ocurren más que en estas novelas cursis!

(Mutis. La Criada recoge las luces y la escena queda a obscuras. Vase la Criada. A poco rato se sienten campanadas en el reloj de una iglesia vecina. Después todo queda en silencio otra vez. Pasados unos segundos aparece en la escena míster Stewesson quien se alumbra con una linterna eléctrica, se dirige a la biblioteca y la examina detenidamente, revolviendo libros y papeles. Su actitud revela una gran agitación. De pronto siéntense unos pasos. Míster Stewesson ahoga un grito, apaga la linterna y se esconde tras un portier. Momentos después cruza el foro una pareja formada por la Marquesa y Werney.)

WER.—(*Presa de un gran temor.*) Espera. (*Queda escuchando.*)

FANNY.—(*Asustada.*) ¿Acaso nos espían?

WER.—(*Algo más tranquilo en vista de que no encuentra nada sospechoso.*) ¡Creí oír!

FANNY.—¡Dios mío!

WER.—¡Silencio! (*Registra la escena.*) ¡No, no es nada! ¡Mis nervios!

FANNY.—¡Nuestro delito, Werney, nuestro delito, que nos tortura la conciencia!

WER.—(*Cogiéndola por el talle y haciendo mutis.*) ¡Amar no es delito, Fanny! ¡¡El amor es la única verdad de la vida!!...

(Vanse abrazados y silenciosos. Ella lleva una bata blanca. La luz de la Luna ilumina sus rostros. Ya pasaron. Míster Stewesson sale de su escondite, enciende la linterna y vuelve a remover el armario-biblioteca. De pronto da un grito, oprime un resorte y el dosel del sillón comienza a descender pausadamente, enseñando cinco puñales que hasta ahora estaban escondidos. Míster Stewesson, que apenas oprimió el resorte cruzó la escena pasando al otro salón, presencia aterrado el trágico descenso del dosel. Este llega hasta tocar los brazos del sillón e inmediatamente comienza a subir, desapareciendo los puñales y quedando en su posición primitiva. Telón.)

ACTO TERCERO

na decoración de los dos actos anteriores. NORIS en la puerta del foro del salón retrata rmana la MARQUESA, a MISTER STEWESSON y a WERNEY, que forman un grupo en n. El aparato de fotografía está montado sobre un trípode de varillas plegables. Es a media tarde.

RIS.—(*Indignada de que no se estén quietos.*) ¡Vaya, que no puede ser!) no se estén ustedes quietos, renuncio al honor de retratarlos! ¡A mí me hacer estas cosas con la mayor formalidad!

NNY.—Pero si eres tú la que no te puedes tener de risa.

RIS.—Como que no hago más que mirar a Ricardo.

.—¿Y qué tengo yo en la cara, mi lindísima prometida, que tanta hila- te produce?

RIS.—Esos dichosos ojos, que no los puedes tener quietos...

R.—En efecto, amigo Ricardo, yo también he observado ese detalle. qué diablos de inquietud hay en las pupilas de usted que no las puede ijar mucho tiempo seguido sin sentirse atolondrado, sin que los ojos lenen a uno de inexplicables lágrimas.

.—Es usted, amigo Werney, un observador atinadísimo. Mis ojos, efec- ente, hacen llorar algunas veces; pero me consuelo pensando que otras reír; dígalo, si no, mi adorada Noris.

RIS.—Así, así; estaos muy quietos. (*A míster Stewesson.*) Señor char- haga usted el favor de quitarse de la boca ese empecatado cigarrillo; ermana mía, pon el semblante un poquito más risueño, que no quiero lgas en el retrato con cara de mal humor.

NNY.—¡Esta Noris, siempre la misma!...

RIS.—Mira, Ricardo, como no salgas bien no me caso contigo.

.—Pero, ¡mujer, por Dios!...

RIS.—Nada, nada, yo quiero mandar a todas mis amigas fotografías de metido, y figúrate qué desilusión si no sales guapo.

.—¡Con tal de que a ti te lo parezca!...

RIS.—¡Ay, no; hijo mío! ¡Yo quiero que les gustes mucho a todas para bien; para que se mueran de envidia!

.—Eso es poco humanitario ..

RIS.—Pero es muy halagüeño; al menos para mí. (*Enfocando el gru-* nmóviles, completamente inmóviles! ¡Ajajá! ¡Ya está hecho el retrato! *hace el grupo y avanzan todos al proscenio.*)

—¡Vaya, gracias a Dios!

NNY.—¡Me alegro de que hayas acabado, porque se comienza a sentir

NORIS. — Es la humedad, señora Marquesa. Como ha llovido tanto e últimos días...

FANNY.—Una tacita de té nos hará entrar a todos en reacción. Voy a sar para que nos lo traigan.

RIC.—Y yo te acompaño.

FANNY. — Tráeme de paso un chal. Llevo muy poca ropa y hace ya que estoy sintiendo frio. (*Mutis Noris y Stewesson.*) ¿Qué te pasa, Wer Hace algunos días que te encuentro nervioso, sobresaltado. La presenci Ricardo parece que te molesta, que te intranquiliza. ¿Es que temes que hombre no sea digno de Noris? ¿Es que sabes algo en contra suya?

WER.—Nada sé, y sin embargo, si te he de ser franco, ese hombre no inspira confianza. Le encuentro demasiado serio, demasiado enigmático.

FANNY.—Y ¿eso qué nos importa? Se trata de un hombre honrado y es lo principal. Mi difunto esposo le apreciaba mucho.

WER.—Si es así, nada tengo que replicar.

FANNY.—No, Werney, no; algo hay en ti que te preocupa, algo muy ve que no quieres decirme.

WER.—¡Bah, aprensiones tuyas!

FANNY.—Antes, recién muerto mi esposo, me tachabas siempre de d siado triste, de demasiado temerosa; ahora parece que eres tú el que se ocupa y el que teme.

WER.—El sentimiento natural que a todos nos invade... No en bal viven tantos años con una persona... La muerte del Marqués, por lo trá por lo inesperada, no puede por menos de preocupar a todo el mundo. Y confieso que cuanto más pienso en ella...

FANNY.—¡No, Werney, no! ¡No es el dolor ni la extrañeza de lo que s dió lo que te hace suspirar, lo que te quita el sueño!; lo que te pone som en el alma no es lo misterioso del crimen ni el deseo de encontrar al m chor, ni siquiera el recuerdo de aquella noche horrible... lo que nos ator ta a ti y mi es el remordimiento.

WER.—¿El remordimiento, por qué? Nuestro amor nada tiene que ve su desgracia. Si tú y yo no nos hubiéramos querido, la mano oculta q asesinó le hubiera asesinado de igual modo.

FANNY.—Verdad es. Pero al morir sin nuestros engaños, nuestro dol hoy sería más noble, más puro, más sincero. Mientras vivió, teniamos al nos la seguridad de que nada sabía, de que era feliz en su ignorancia. en cambio, sabe nuestra traición, Werney, lo sabe y la llora, y acaso en instante nos oiga y nos contemple... Y nosotros somos unos cobardes e guirnos queriendo. Más cobardes y más viles que nunca; porque mientr vió pudo vengar su afrenta, y ahora, en cambio...

WER.—Ahora, en cambio, si hay Cielo, como dicen, tu esposo está e nos perdonará, seguramente. ¡Los muertos no saben de amor propio!

FANNY.—¡Pero saben de amor! ¡Y yo era todo su amor y toda su tura!...

ER.—¡Su víctima, dijeras mejor!

NNY.—¡Bah! ¡Su carácter! ¿No es a lo que te refieres? ¿Y qué me importa ni su carácter si después de mucho gritar hacía siempre lo que yo quería?

RIADO.— (*Por la izquierda. Lleva una bandeja con servicio para cuatro personas.*) Señora Marquesa, el té.

NNY.—Está bien; avise usted a la señorita Noris y al señorito Ricardo.

(Mutis el Criado por la izquierda. La Marquesa y Werney se sientan en primer término como disponiéndose a tomar el té. Noris y míster Stewesson entran por la puerta del foro. Noris trae un chal, que entrega a Fanny.)

ORIS.—(*Aparte.*) Míster Stewesson, ¿qué sucede? ¿Por qué mira usted a ese hombre? (*Por Werney.*)

C.—¡Calma! (*Aparte también.*)

ORIS.—¡Es que no puedo más! ¡Es que me faltan ya las fuerzas para seguir representando esta farsa!

C.—¡He dicho que calma!... ¿Hace mucho que estaban ustedes aguardando?

ER.—No; hace un instante.

ORIS.—(*A Fanny.*) ¿Se te pasó ya el frío, querida Fanny?

NNY.—¡Sí; gracias a Dios parece que me siento mejor!...

ER.—Ahora con el té se pondrá usted bien del todo, señora Marquesa. (*Separándolo.*) Aquí tiene usted. (*Sirviéndoselo.*)

NNY.—Muchas gracias; déjemelo ahi. Está demasiado caliente.

ER.—(*Con cínica arrogancia y dirigiéndose a míster Stewesson.*) ¿Quiena tacita el futuro dueño de este castillo?

C.—(*Disimulando a su vez.*) ¿Cómo no? El té es la más sana y la más ciosa de las bebidas. Yo soy un borracho incorregible de este rico licor.

ORIS.—¡Es tan aromático, tan sabroso!...

NNY.—¡Y tan inofensivo!...

ORIS.—Dicen que acorta la vida.

C.—Yo no lo creo.

NNY.—Ni yo.

ER.—¡Psch! ¡Se dan casos!

C.—(*Mirando al Administrador muy fijamente.*) ¡Ah! ¿Se dan casos?

ER.—Por lo menos es cosa demostrada que debilita mucho. La señorita is, ¿no gusta acompañarnos?

ORIS.—No. Yo voy a recoger mis armas de combates. ¿Quieres ayudar- Ricardo?

C.—Con muchísimo gusto. (Algo trama este hombre...)

(Van hacia el foro Noris y Stewesson, lo que les impide ver en absoluto las maniobraciones de Werney. Este, de espaldas a Fanny, vierte disimuladamente en las tazas el cotenido de un frasquito.)

ER.—(¡Ya está! ¡Nadie me ha visto!)

ANNY.—(*Llamándole.*) ¡Míster Werney!

WER.—(*Acercándose a Fanny.*) ¡Señora!

FANNY.—(*Cambiando de tono.*) Hay que estar sobre aviso. O mucho equivoco o Ricardo sospecha ya de nuestros amores.

WER.—¿Por qué lo dices?

FANNY.—Porque nos mira fijamente.

WER.—No temas. Ama demasiado a su Noris para preocuparse de otros.

NORIS.—(*En el foro con míster Stewesson.*) ¡A que no quiere cerr este dichoso trípode!...

WER.—Es que hay que entender el resorte. Una combinación de mu especial, dificilísima de hallar no sabiéndola de antemano.

NORIS.—Pero si el caso es que yo la sé y, sin embargo, nunca acuerdo...

RIC.—(*Estudiando el aparato.*) Sí que es un poco rara. Pero yo lo ce ré, no se preocupe.

WER.—(*Sonriendo.*) Me parece que no. Es un verdadero rompecabe

FANNY.—Mi marido tenía en gran aprecio ese aparato por esa dificu precisamente. Ningún amigo suyo lo consiguió cerrar.

NORIS.—¡Y me parece que tampoco tú!...

RIC.—Aquí lo tiene usted.

WER.—¡Diablos! ¡Es asombroso!

FANNY.—¿Entiende usted de mecánica, amigo Ricardo?

RIC.—Yo, señora, entiendo algo de todo. Estar iniciado en toda clase materias y no dominar ninguna fué siempre el don de los hombres media

WER.—Vaya usted a tomar el té, amigo Ricardo, que se le está enfria

RIC.—¡Voy, voy en seguida! ¡Y que tiene un aroma delicioso! (*Saca caja diminuta y simula ingerir una píldora.*)

FANNY.—¿Qué es eso? ¿Alguna medicina?

RIC.—Sí, unos comprimidos. Para las personas débiles son de gran sultado. Evitan la laxitud, el decaimiento...

WER.—Y ¿cómo toma usted esos potingues siendo un hombre fuerte?...

RIC.—¿Fuerte yo? No lo crea. Fachada nada más. Mi naturaleza es desigual. Como todos los nerviosos, unas veces me siento como Hércu capaz de partir de un hachazo la corteza del mundo, y otras veces, en c bio...

(Werney apura el contenido de la taza con ademán impaciente y trémulo.)

FANNY.—Debe usted tener de acero la garganta, amigo Werney. Ha a rado el té de un solo trago.

WER.—Yo soy así: me gustan las bebidas ardiendo.

RIC.—Pues yo, en cambio, me muero por saborearlas. Sobre todo, cua son de mi agrado las bebo muy despacio para saborearlas con la mayor f ción.

VER.—(*Señalando el sillón en que murió el Marqués.*) Siéntese usted uí, Noris.

RIC.—(*Aparte.*) ¡Hola, hola!

NORIS,—¿Aquí? ¿Para qué?

VER.—Para hacerle a usted un retrato que se me acaba de ocurrir.

NORIS.—¿Ahora mismo?

VER.—Ahora mismo. Va a ser una fotografía verdaderamente artística y y interesante. (*Dirigiéndose a un velador y cogiendo un volúmen, que rega a Noris.*) Tome usted: su libro predilecto. Abrale por el capítulo que s le agrade. Se trata de que yo sorprenda en usted no esa mueca ficticia alegría o seriedad que todos adoptamos al retratarnos sino un momento sincera y agradable lectura, de verdadero ensimismamiento.

ANNY.—Llevamos ya varias noches trasnochando mucho, y, ¡claro!, en nto llegan estas horas, ya me estoy cayendo de sueño.

(Bosteza, bajo el efecto del narcótico. Werney la contempla con ansiedad, lo mismo que míster Stewesson. Este se pasa la mano por los ojos como si también se viese invadido por repentino sueño.)

ORIS.—¡Es que eres muy dormilona, Fanny! ¡Tienes que confesarlo!

ANNY.—¡No, que seré como tú, que duermes menos que un pájaro!...

ORIS.—Cuando usted quiera, Werney, ya me tiene dispuesta.

VER.—Muchísimas gracias.

ANNY.—Raro es el día que no te levantas al amanecer, y eso es una geración.

ORIS.—Es mi carácter, chica. Cuando duermo me parece que me estoy fando a mí propia, que le estoy robando a mi alma esa natural movilidad constituye la característica de mi modo de ser. Por algo dice todo el ido que soy una chiquilla muy despierta.

IC.—Yo también llevo unas noches más desvelado. En cambio, ahora...

ORIS.—(*A Stewesson.*) ¡Ricardo! ¿Tú también tienes sueño? (*En tono de oche.*)

IC.—¡Mucho!... ¡Y es que yo no sé qué tienen estas butacas que siempre sucede igual!... (*Adormilándose poco a poco.*) En cuanto me siento en de ellas...

ORIS.—(*Con sinceridad y en tono de burla.*) ¡Ay qué gracia! ¡Ya se ha nido Fanny!

ER.—Déjela usted que descanse.

C.—Claro, mujer... No ves que la pobrecilla... está rendida. (*Se queda nido.*)

ER.—(*Con alegría y rapidez como el que cree seguro su triunfo*) Va- Noris; hágame usted el favor de clavar sus ojos en el libro, que hoy me o inspirado y le voy a hacer a usted una fotografía deliciosa.

ORIS.—Perfectamente. Adoptaré, si a usted le parece, una postura me- ólica. Lo mismo que si fuese una de esas solteritas cursis que se vuel-

WER.—(¡¡No cabe duda!! ¡¡Lo ha visto todo!!)

(Stewesson entra en la biblioteca, se sube en la silla que hay junto a la librería y hace girar la manivela que mueve el dosell.)

NORIS.—Pero, amigo mío, ¿qué le pasa a usted? ¡Está usted pálido, tembloroso! ¿Es usted acaso de los que creen que cuando se retratan se mueren? ¡Bah! ¡Eso sería una superstición indigna de usted!

WER.—(¡¡El dosel!! ¡¡El dosel comienza a descender!! ¡¡Ese hombre quiere matarme con mis propias armas!!)

NORIS.—¡Vamos, hombre! ¡No se impaciente usted! ¡Si es cuestión de un instante!

WER.—(*Aterrado y dejándose escurrir del sillón, trémulo, inconsciente.*) ¡¡Noris!!... ¡¡Noris!!...

NORIS.—¡¡Ah, vamos, es que tiene usted miedo!! ¡¡Pues ahora soy yo quien le manda que no se mueva!! (*Le apunta con un pequeño revólver.*)

WER.—¡¡Noris, por Dios!!

NORIS.—¡¡Quieto!!

WER.—¡¡Noris, por piedad!!

NORIS.—¡¡Los grandes cerebros, como el suyo, deben ser los primeros en experimentar el peregrino ingenio de sus obras!!

WER.—(*Viendo que ya el dosel está a punto de tocar los brazos del sillón y que le va a herir irremisiblemente.*) ¡¡Favor!! ¡¡No puedo más!! (*Se deja escurrir hasta caer al suelo. Stewesson baja de la silla y entra en la sala rápidamente. El dosel vuelve a subir.*)

RIC.—¡¡Basta, basta de prueba!! ¡¡Guarde usted ese juguete, Noris!! ¡¡Señor Administrador, dése usted preso!!

WER.—¿Preso yo?

RIC.—¡De grado o por fuerza, usted verá! (*Le pone las esposas.*)

FANNY.—(*Despertando.*) ¿Qué es esto? ¿Qué ha pasado? (*Stewesson toca un silbato*)

RIC.—Señora, tengo el gusto de presentar a usted al asesino de su difunto esposo...

FANNY.—¡Cómo! Pero ¿está usted loco?...

WER.—¡¡Mientes, canalla!!... (*Entran varios policías.*)

RIC.—(*Con la mayor naturalidad del mundo.*) ¡Amigos míos, hacedme el favor de llevarse a este hombre que no me deja hablar! ¡Sí, señora, el asesino de su esposo, que, no contento con su primera fechoría, ha tratado hace unos instantes de dar muerte a Noris!

NORIS.—(*Abrazándose a Fanny.*) ¡¡Sí, hermana mía, sí; me ha querido matar; es un infame, un infame!! (*Los policías y Werney inician el mutis lentamente.*)

FANNY.—Y a mí ¿quién me asegura que sabéis lo que decís, que no habéis perdido el juicio?

RIC.—(*Quitándose la peluca y mostrando su verdadero rostro.*) ¡¡Se lo

aseguro yo, señora!!... ¡Míster Stewesson, el primer detective de Inglaterra!...

FANNY.—(*Encarándose con Werney, que en este instante habrá quedado inmóvil en la puerta del foro rodeado de policías y a punto de hacer mutis.*) ¡¡Luego era cierto!! (*Vanse todos los policías con Werney. Pausa.*)

RIC.—¡¡Señorita Noris, he cumplido mi palabra!! ¡¡Celebro, por usted más que por nadie, el feliz resultado de mis indagaciones!! ¡¡Es usted la mujer más inteligente que he visto en mi vida y tiene usted, además, un gran corazón!!... ¡¡Yo soy su amigo!!... Señorita... ¡A los pies de usted! (*Visiblemente emocionado le alarga la mano.*)

NORIS.—¡¡Míster Stewesson, beso a usted la mano!...

(Míster Stewesson queda en el foro en actitud de saludar. Noris, en la misma actitud, en el primer término de la izquierda. Telón.)

FIN DE LA OBRA

De LA MAÑANA

Muy humana y un tanto atrevida, aunque muy hábilmente tratado el atrevimiento, es la comedia de Testoni que han adaptado a nuestro teatro, con mucha fortuna, Lepina y Tedeschi, y que anoche se estrenó en Cervantes con el título de «La aventura del coche».

.....

La comedia es original, graciosa, interesante; son hábiles su plan, su desarrollo y su desenlace, y tiene escenas primorosamente construídas, y por todo esto, así como por la facilidad con que el diálogo está hecho y el acierto con que los personajes están trazados, la considero digna del aplauso y encuentro justificado el éxito que anoche logró.

.....

XAVIER CABELLO

De EL PAÍS

«La aventura del coche» es, sin duda, una de las más agradables comedias de Testoni, que Lepina y Tedeschi no se han atrevido a traducir por miedo a ciertas sistemáticas y leviticas protestas que hubieran necesariamente surgido, dada la originalidad y factura de la obra, pero que han adaptado admirablemente, dando a la adaptación un ambiente francamente español que hizo de la comedia de Testoni una obra deliciosa para nuestro público.

«La aventura del coche» obtuvo el más franco de los éxitos.

.....

ARTURO MORI

«El buen amor» (1)

De EL CORREO

El Sr. López Orense en las letras y el Sr. Linares Becerra en el teatro han menudeado las pruebas de su depurado gusto y plausible orientación artística. Una nueva manifestación es «El buen amor», primera obra de esta afortunada colaboración.

El asunto, el primer amor, el bueno, el que deja en nuestro corazón huellas perdurables para toda la vida, está desarrollado en forma interesante y con una ingenuidad de técnica que logra hacerse simpática a fuerza de sencillez. Unamos a esto momentos de dulce y acertada emoción para el oyente.

Los autores de «El buen amor» fueron requeridos varias veces a escena, compartiendo los aplausos con los afortunados intérpretes de la comedia, entre los cuales recordamos los nombres de las señoritas Moreno y Cañete, señora Díaz y señores Mata y Pérez Sáez.

De HERALDO DE MADRID

Los señores Linares Becerra y López Orense son dos autores jóvenes que marchan por el camino del éxito. Jóvenes, estudiosos, cultos y habituales al triunfo, cada nueva comedia señala los avances de estos literatos, que han de dar en plazo no lejano una obra en plena sazón. El primer acto en sí constituye un boceto de comedia muy estimable, y el segundo, aunque inferior al primero por la mayor lentitud de su desarrollo, tuvo también feliz éxito. A la terminación de las dos jornadas fueron llamados los autores, sin que una sola protesta quitara brillo a su triunfo, franco y completo desde el primer momento.

EL CABALLERO DEL VERDE GABÁN

De ESPAÑA LIBRE

«El buen amor.» Todos sabemos que el buen amor es el puerto de refugio de las almas que, cansadas de violentas pasiones y locos devaneos, buscan en el verdadero y sincero cariño el almíbar que endulce sus pasadas amarguras.

Pues bien: con este sencillísimo argumento han hecho los conocidos periodistas Linares Becerra y López Orense una preciosa comedia que, estrenada anoche en el elegante coliseo de la calle Ancha, fué acogida favorablemente por el distinguido público que llenaba la sala.

En conjunto, una buena velada que el público agradeció, prodigando tan entusiastas como justos aplausos, tanto a los autores como a los que la interpretaron tan acertadamente.—P.

(1) Véanse las cubiertas de nuestros números anteriores.

3 0112 115863869

Una interesantísima biblioteca se forma coleccionando los números de

La Novela Policíaca

Números publicados:

I. — La muñeca trágica.
II. — Los dos pilletes.
III. — El secreto de la biblioteca.

Próximos a publicarse:

El suplicio de Max Vert.
Franz Hallers.
Fantomas.

A continuación, todas las mejores y más sensacionales obras del teatro policíaco.

20 cts. — **NÚMERO** — 20 cts.